

Katherine Mansfield

Una Taza de Té



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

UNA TAZA DE TÉ

KATHERINE MANSFIELD

**PUBLICADO: 1922
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

UNA TAZA DE TÉ

Rosemary Fell no era exactamente hermosa. No, no se la podía llamar hermosa. ¿Bonita? Bueno, si la desmenuzabas... Pero ¿por qué ser tan cruel como para desmenuzar a alguien? Era joven, brillante, extremadamente moderna, vestía con exquisitez, estaba asombrosamente versada en lo más nuevo de los libros nuevos, y sus fiestas eran la mezcla más deliciosa de gente verdaderamente importante y... artistas, criaturas pintorescas, descubrimientos suyos, algunos demasiado espantosos para describirlos con palabras, pero otros muy presentables y divertidos.

Rosemary llevaba dos años casada. Tenía un niño que era un encanto. No, Peter no: Michael. Y su marido la adoraba sin reservas. Eran ricos, verdaderamente ricos, no de una simple posición desahogada, lo cual resulta odioso y rancio y suena a los abuelos de una. Pero si Rosemary quería ir de compras, se iba a París como tú y yo iríamos a Bond Street. Si quería comprar flores, el coche se detenía ante aquella tienda perfecta de Regent Street, y Rosemary, ya dentro, se limitaba a contemplarlo todo con aquella mirada deslumbrada y un tanto exótica suya, y decía:

—Quiero esas y esas y esas. Deme cuatro ramos de esas. Y ese jarrón de rosas. Sí, me llevo todas las rosas del jarrón. No, lilas no. Detesto las lilas. No tienen forma.

La dependienta hacía una reverencia y apartaba las lilas de la vista, como si aquello fuera más que cierto: las lilas eran espantosamente informes.

—Deme esos tulipanes pequeños y rechonchos. Esos rojos y blancos.

Y la seguía hasta el coche una dependienta delgada que se tambaleaba bajo un inmenso brazado de papel blanco que parecía un bebé envuelto en faldones...

Una tarde de invierno había estado comprando algo en una pequeña tienda de antigüedades de Curzon Street. Era una tienda que le gustaba. Para empezar, una solía tenerla para sí sola. Y, además, el hombre que la regentaba era ridículamente aficionado a atenderla. Se le iluminaba la cara cada vez que ella entraba. Juntaba las manos; estaba tan complacido que apenas podía hablar. Adulación, por supuesto. Aun así, había algo...

—Verá, señora —explicaba con su voz baja y respetuosa—, adoro mis cosas. Preferiría no desprenderme de ellas antes que vendérselas a alguien que no las aprecie, a alguien que carezca de esa fina sensibilidad tan poco común...

Y, respirando hondo, desenrollaba un diminuto cuadrado de terciopelo azul y lo apretaba contra el mostrador de cristal con las pálidas yemas de los dedos.

Hoy se trataba de una cajita. La había estado guardando para ella. No se la había mostrado a nadie todavía. Una cajita de esmalte exquisita, con un vidriado tan fino que parecía horneado en nata. En la tapa, una criatura minúscula se erguía bajo un árbol florido, y otra criatura aún más minúscula le rodeaba el cuello con los brazos. El sombrero de ella, que en realidad no era mayor que el pétalo de un geranio, colgaba de una rama; tenía cintas verdes. Y había una nube rosada, como un querubín vigilante, flotando sobre sus cabezas. Rosemary se sacó las manos de los guantes largos. Siempre se quitaba los guantes para examinar cosas así. Sí, le gustaba muchísimo. La adoraba; era una verdadera monada. Tenía que ser suya. Y, mientras daba vueltas a la cremosa cajita, abriéndola y cerrándola, no pudo evitar fijarse en lo encantadoras que resultaban sus manos contra el terciopelo azul. El tendero, en alguna oscura caverna de su mente, quizá se había atrevido a pensar lo mismo. Pues tomó un lápiz, se inclinó sobre el mostrador y sus pálidos dedos exangües avanzaron tímidamente hacia aquellos otros, sonrosados y centelleantes, mientras murmuraba con suavidad:

—Si se me permite señalar a la señora las flores del corpiño de la damita.

— ¡Encantadoras! — Rosemary admiró las flores. Pero ¿qué precio tenía? Por un instante el tendero pareció no oír. Luego le llegó un murmullo:

— Veintiocho guineas, señora.

— Veintiocho guineas. — Rosemary no dio muestra alguna. Dejó la cajita; se abrochó de nuevo los guantes. Veintiocho guineas. Aunque una sea rica... Adoptó un aire ausente. Se quedó mirando una rolliza tetera, semejante a una gallina rolliza, situada sobre la cabeza del tendero, y su voz sonó soñadora al responder:

— Bueno, guárdemela, ¿quiere? Ya...

Pero el tendero ya había hecho una reverencia, como si guardársela fuera cuanto un ser humano pudiera pedir. Estaría dispuesto, por descontado, a guardársela eternamente.

La discreta puerta se cerró con un chasquido. Quedó fuera, en el escalón, contemplando la tarde de invierno. Caía la lluvia, y con la lluvia parecía caer también la oscuridad, descendiendo en espiral como ceniza. Había en el aire un sabor frío y amargo, y las farolas recién encendidas tenían un aire triste. Tristes eran las luces de las casas de enfrente. Ardían mortecinas, como si lamentaran algo. Y la gente pasaba apresurada, oculta bajo sus odiosos paraguas. Rosemary sintió una punzada extraña. Se apretó el manguito contra el pecho; ojalá hubiera tenido también la cajita para aferrarse a ella. Por supuesto, el coche estaba allí. No tenía más que cruzar la acera. Y, sin embargo, seguía esperando. Hay momentos, momentos horribles en la vida, en que una sale de su refugio y mira alrededor, y resulta espantoso. No habría que ceder a ellos. Habría que irse a casa y tomar un té de los más especiales. Pero en el preciso instante en que pensaba aquello, una muchacha joven, delgada, morena, de aspecto fantasmal — ¿de dónde había salido? —, estaba de pie junto al codo de Rosemary, y una voz como un suspiro, casi como un sollozo, susurró:

— Señora, ¿puedo hablar con usted un momento?

— ¿Hablar conmigo? — Rosemary se volvió. Vio a una criaturita maltrecha de ojos enormes, alguien muy joven, no mayor que ella, que se aferraba al cuello del abrigo con las manos enrojecidas y tiritaba como si acabara de salir del agua.

—Se-señora —tartamudeó la voz— , ¿me haría usted el favor de darme para una taza de té?

—¿Una taza de té? —Había algo sencillo, sincero en aquella voz; no era en absoluto la voz de una mendiga—. ¿Entonces no tienes nada de dinero? —preguntó Rosemary.

—Nada, señora —fue la respuesta.

—¡Qué extraordinario! —Rosemary escudriñó la penumbra, y la muchacha le sostuvo la mirada. ¡Era más que extraordinario! Y de pronto a Rosemary le pareció toda una aventura. Era como algo salido de una novela de Dostoievski, aquel encuentro en el crepúsculo. ¿Y si se llevaba a la muchacha a casa? ¿Y si hacía una de esas cosas sobre las que siempre estaba leyendo, o que veía en el teatro? ¿Qué ocurriría? Sería emocionante. Y se oyó a sí misma diciendo después, ante el asombro de sus amistades: «Sencillamente me la llevé a casa», mientras daba un paso adelante y le decía a aquella figura imprecisa que tenía al lado:

—Ven a casa a tomar el té conmigo.

La muchacha retrocedió sobresaltada. Hasta dejó de tiritar por un momento. Rosemary alargó una mano y le tocó el brazo.

—Lo digo en serio —dijo, sonriendo. Y sintió lo sencilla y bondadosa que era su sonrisa—. ¿Por qué no quieres? Anda. Vente ahora conmigo en mi coche y tomamos el té.

—No... no lo dice en serio, señora —dijo la muchacha, y había dolor en su voz.

—Sí que lo digo —exclamó Rosemary—. Quiero que vengas. Para complacerme. Vamos.

La muchacha se llevó los dedos a los labios y sus ojos devoraron a Rosemary.

—No... no me lleva usted a la comisaría, ¿verdad? —tartamudeó.

—¡A la comisaría! —Rosemary soltó una carcajada—. ¿Por qué iba a ser tan cruel? No, solo quiero que entres en calor y oír... lo que tú quieras contarme.

A la gente hambrienta es fácil llevarla de la mano. El lacayo mantuvo abierta la portezuela del coche, y un instante después se deslizaban a través del crepúsculo.

— ¡Ya está! —dijo Rosemary. Experimentó una sensación de triunfo al deslizar la mano por la correa de terciopelo. Podría haber dicho «Ahora te tengo» mientras contemplaba a la pequeña cautiva que había atrapado en su red. Pero, por supuesto, lo hacía con buena intención. Oh, con más que buena intención. Iba a demostrarle a aquella muchacha que en la vida sí ocurrían cosas maravillosas, que las hadas madrinas existían de verdad, que los ricos tenían corazón y que las mujeres eran hermanas. Se volvió impulsivamente, diciendo:

—No tengas miedo. Al fin y al cabo, ¿por qué no ibas a venir conmigo? Las dos somos mujeres. Si yo soy la más afortunada, es lógico que esperes...

Pero felizmente, en aquel momento —pues no sabía cómo iba a terminar la frase—, el coche se detuvo. Sonó el timbre, se abrió la puerta y, con un gesto encantador, protector, casi de abrazo, Rosemary atrajo a la otra hacia el vestíbulo. Calor, suavidad, luz, un perfume dulce, todas aquellas cosas tan familiares para ella que ni siquiera reparaba en ellas, las vio recibir a la otra. Resultaba fascinante. Era como la niñita rica en su cuarto de juegos, con todos los armarios por abrir, todas las cajas por desembalar.

— Ven, sube, sube —dijo Rosemary, ansiosa por empezar a ser generosa—. Sube a mi habitación.

Y, además, quería ahorrarle a aquella pobrecilla las miradas de los criados; decidió, mientras subían la escalera, que ni siquiera llamaría a Jeanne, sino que ella misma se quitaría las cosas. ¡Lo importante era ser natural!

— ¡Ya está! —volvió a exclamar Rosemary al llegar a su hermoso y amplio dormitorio, con las cortinas corridas, el fuego danzando sobre sus maravillosos muebles lacados, sus cojines dorados y las alfombras de un amarillo pálido y azules.

La muchacha se quedó de pie nada más cruzar la puerta; parecía aturdida. Pero a Rosemary eso no le importó.

— Ven y siéntate —exclamó, arrastrando su gran butaca hacia el fuego—, en esta butaca tan cómoda. Ven y entra en calor. Pareces tener un frío

espantoso.

—No me atrevo, señora —dijo la muchacha, y retrocedió poco a poco.

—Oh, por favor —Rosemary se precipitó hacia ella—, no debes asustarte, no debes, de veras. Siéntate, y en cuanto me haya quitado las cosas pasaremos a la habitación de al lado y tomaremos el té tan a gusto. ¿Por qué tienes miedo?

Y con suavidad la empujó hasta hundir a medias la delgada figura en aquella honda cuna.

Pero no hubo respuesta. La muchacha se quedó tal como la habían dejado, con las manos a los costados y la boca entreabierta. Para ser del todo sinceros, tenía un aire bastante bobo. Pero Rosemary no lo quiso reconocer. Se inclinó sobre ella, diciendo:

—¿No quieres quitarte el sombrero? Tienes el pelo, tan bonito, todo mojado. Y se está mucho más cómoda sin sombrero, ¿verdad?

Hubo un susurro que sonó como «Muy bien, señora», y la muchacha se quitó el aplastado sombrero.

—Deja que te ayude también con el abrigo —dijo Rosemary.

La muchacha se puso en pie. Pero se agarró a la butaca con una mano y dejó que Rosemary tirara. Costó bastante esfuerzo. La otra apenas la ayudó en nada. Parecía tambalearse como una criatura, y por la mente de Rosemary pasó, yendo y viniendo, la idea de que, si la gente quería que la ayudaran, debía colaborar un poco, solo un poco, pues de lo contrario la cosa se volvía harto difícil. ¿Y qué hacía ahora con el abrigo? Lo dejó en el suelo, y el sombrero también. Iba justo a coger un cigarrillo de la repisa de la chimenea cuando la muchacha dijo, deprisa pero con una levedad y una extrañeza singulares:

—Lo siento mucho, señora, pero voy a desmayarme. Me caeré redonda, señora, si no tomo algo.

—¡Cielo santo, qué desconsiderada soy! —Rosemary se abalanzó hacia el timbre—. ¡Té! ¡Té enseguida! ¡Y un poco de brandy inmediatamente!

La doncella ya se había marchado de nuevo, pero la muchacha casi gritó:

—No, no quiero brandy. Yo no bebo brandy nunca. Lo que quiero es una taza de té, señora.

Y rompió a llorar.

Fue un momento terrible y fascinante. Rosemary se arrodilló junto a su butaca.

—No llores, pobrecilla —dijo—. No llores.

Y le tendió a la otra su pañuelo de encaje. Estaba conmovida de verdad, más allá de toda palabra. Le pasó el brazo por aquellos hombros delgados, de pájaro. Ahora, por fin, la otra se olvidó de su timidez, se olvidó de todo salvo de que las dos eran mujeres, y soltó entre jadeos:

—No puedo seguir así, no puedo más. No lo soporto. Voy a quitarme la vida. No aguanto más.

—No tendrás que hacerlo. Yo cuidaré de ti. No llores más. ¿No ves la suerte que has tenido al encontrarte conmigo? Tomaremos el té y me lo contarás todo. Y yo arreglaré algo. Te lo prometo. Anda, deja de llorar. Es tan agotador. ¡Por favor!

La otra dejó de llorar justo a tiempo para que Rosemary pudiera levantarse antes de que llegara el té. Hizo que colocaran la mesa entre ambas. Colmó a la pobre criatura de todo: todos los sándwiches, todo el pan con mantequilla, y cada vez que se le vaciaba la taza, se la llenaba de té, nata y azúcar. Siempre se había dicho que el azúcar era de lo más nutritivo. En cuanto a ella, no comió; fumaba y apartaba la vista con discreción para que la otra no se sintiera cohibida.

Y, en verdad, el efecto de aquella ligera colación fue maravilloso. Cuando se llevaron la mesa del té, un ser nuevo, una criatura leve y frágil de cabello enredado, labios oscuros y ojos hondos y encendidos, se recostaba en la gran butaca con una especie de dulce languidez, contemplando las llamas. Rosemary encendió otro cigarrillo; era hora de empezar.

—¿Y cuándo comiste por última vez? —preguntó con dulzura.

Pero en aquel momento giró el pomo de la puerta.

—Rosemary, ¿puedo pasar? —Era Philip.

—Claro.

Entró.

—Oh, perdón —dijo, y se detuvo y se quedó mirando.

—No pasa nada —dijo Rosemary, sonriendo—. Esta es mi amiga, la señorita...

—Smith, señora —dijo la lánguida figura, extrañamente quieta y sin temor.

—Smith —dijo Rosemary—. Vamos a charlar un rato.

—Ah, sí —dijo Philip—. Por supuesto. —Y su mirada reparó en el abrigo y el sombrero tirados en el suelo. Se acercó al fuego y le dio la espalda—. Hace una tarde infame —dijo con curiosidad, sin dejar de mirar aquella figura apática, mirándole las manos y las botas, y luego de nuevo a Rosemary.

—Sí, ¿verdad? —dijo Rosemary con entusiasmo—. Espantosa.

Philip esbozó su encantadora sonrisa.

—La verdad —dijo— es que quería que vinieras un momento a la biblioteca. ¿Te importa? ¿Nos disculpará la señorita Smith?

Los grandes ojos se alzaron hacia él, pero Rosemary respondió por ella:

—Por supuesto que sí.

Y salieron juntos de la habitación.

—Oye —dijo Philip cuando estuvieron a solas—. Explícate. ¿Quién es? ¿Qué significa todo esto?

Rosemary, riendo, se apoyó contra la puerta y dijo:

—La recogí en Curzon Street. De veras. Es un auténtico hallazgo callejero. Me pidió para una taza de té, y me la traje a casa.

—Pero ¿qué demonios vas a hacer con ella? —exclamó Philip.

—Ser amable con ella —dijo Rosemary deprisa—. Ser tremendamente amable con ella. Cuidarla. No sé cómo. Aún no hemos hablado. Pero demostrarle... tratarla... hacerle sentir...

—Querida mía —dijo Philip—, estás completamente loca, ¿sabes? Sencillamente, no puede hacerse.

—Sabía que dirías eso —replicó Rosemary—. ¿Por qué no? Quiero hacerlo. ¿No es eso una razón? Y, además, una siempre está leyendo sobre estas cosas. He decidido...

—Pero —dijo Philip despacio, mientras cortaba la punta de un puro— es asombrosamente bonita.

—¿Bonita? —Rosemary se sorprendió tanto que se ruborizó—. ¿Tú crees? Yo... yo no había pensado en ello.

—¡Por Dios! —Philip encendió una cerilla—. Es absolutamente preciosa. Mírala otra vez, criatura. Me quedé pasmado cuando entré hace un momento en tu cuarto. Sea como sea... creo que estás cometiendo un error garrafal. Perdona, cariño, si soy brusco y todo eso. Pero avísame de si la señorita Smith va a cenar con nosotros con tiempo para que pueda consultar la Gaceta de la Sombrerera.

—¡Qué criatura más absurda eres! —dijo Rosemary, y salió de la biblioteca, pero no regresó a su dormitorio. Fue a su gabinete de escritura y se sentó al escritorio. ¡Bonita! ¡Absolutamente preciosa! ¡Pasmado! El corazón le latía como una pesada campana. ¡Bonita! ¡Preciosa! Atrajo hacia sí el talonario de cheques. Pero no, los cheques no servirían de nada, claro. Abrió un cajón y sacó cinco billetes de una libra, los miró, devolvió dos y, apretando los tres en la mano, volvió a su dormitorio.

Media hora más tarde, Philip seguía en la biblioteca cuando Rosemary entró.

—Solo quería decirte —dijo, y volvió a apoyarse contra la puerta y lo miró con su deslumbrada mirada exótica— que la señorita Smith no cenará con nosotros esta noche.

Philip dejó el periódico.

—Ah, ¿qué ha pasado? ¿Un compromiso previo?

Rosemary se acercó y se sentó en sus rodillas.

—Insistió en marcharse —dijo—, así que le regalé a la pobrecilla algo de dinero. No podía retenerla contra su voluntad, ¿verdad? —añadió con suavidad.

Rosemary acababa de arreglarse el pelo, oscurecerse un poco los ojos y ponerse las perlas. Alzó las manos y le tocó las mejillas a Philip.

—¿Te gusto? —dijo, y su tono, dulce, ronco, lo turbó.

—Me gustas muchísimo —dijo, y la estrechó con más fuerza—. Bésame.

Hubo una pausa.

Luego Rosemary dijo con aire soñador:

—Hoy he visto una cajita fascinante. Costaba veintiocho guineas. ¿Me la puedo quedar?

Philip la hizo saltar sobre su rodilla.

—Puedes, derrochadorcilla —dijo.

Pero no era eso lo que Rosemary quería decir en realidad.

—Philip —susurró, y le apretó la cabeza contra el pecho—, ¿soy bonita yo?

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB